Ana Alonso

La caja de música

Ilustraciones de
Beatriz Castro

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: febrero 2023

© Del texto: Ana Alonso, 2023
© De las ilustraciones: Beatriz Castro, 2023
© De las fotografías del dosier: iStock / Getty Images (Armation74, blyjak, Elena Merkulova, evgenyatamanenko, goo.gl/73nyq6, Hibrida13, nadia_bormotova, Nuthawut Somsuk, PCH-Vector, picture, Ponomariova_Maria, Ridofranz, Tetiana Garkusha)
© Grupo Anaya, S. A., 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.pizcadesal.es

Diseño:
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-143-3539-0
Depósito legal: M-353-2023
Impreso en España - Printed in Spain

PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La caja de música

Ilustraciones
de Beatriz Castro



ANAYA

Este libro está dedicado a todos los chicos y chicas
de la promoción de 6.º de primaria 2021/22
del Colegio Manuel Fernández Juncos, de Ribadesella,
y a su profesor, Jaime Santos,
cuya autenticidad ha inspirado esta ficción.
Sin su sinceridad, talento y generosidad
no existirían los personajes de esta historia.

Carmen Pino - Algo rojo en la playa

Tengo muy grabado el día que empezó todo: era el 22 de octubre. Lo recuerdo porque justo en esa fecha cambia el signo del zodiaco, se pasa de Libra a Escorpio. Como yo soy Libra, siempre me da pena que llegue el 22 de octubre. Mis amigas dicen que esto de los signos del zodiaco es una tontería y que no debería creer en ellos, pero a mí me gusta pensar que las estrellas influyen en las personas y que existe una magia invisible que nos hace un poco más poderosos de lo que creemos. No mucho, solo lo justo, lo justo para sacar fuerzas de flaqueza, como dicen por ahí, para atrevernos a luchar por nuestros sueños y no quedarnos atrapados en la tristeza.

A mí me vienen muy bien esas fuerzas extra, porque muchas veces la tristeza me atrapa y no sé cómo escapar de ella. Me la imagino como un monstruo del océano que me agarra con los dientes por un tobillo y me arrastra a un lugar profundo con remolinos, un lugar

del que no sé salir. Me gusta nadar; el problema es que el mar está lleno de rincones así. En la superficie parecen tranquilos, pero, si llegas nadando hasta ellos, de repente sientes el agua fría que gira alrededor de tus tobillos y tira de ti hacia el fondo…

Así es la tristeza también. En la superficie nadie la nota. Todo el mundo me dice: «Qué sonrisa tan bonita tienes, Carmen». «Esa sonrisa me llena de energía», comenta mi madre con los ojos brillantes. Y mi hermano Diego le da la razón. Por eso, yo me esfuerzo por sonreír siempre y por que todos se sientan bien cuando están conmigo. Pero la tristeza siempre está al acecho ahí abajo, un remolino de agua profunda y fría que intenta arrastrarme.

No importa, no pienso dejar que lo haga.

Aquella mañana acabábamos de entrar del recreo y el profe Jaime estaba explicando algo del cuerpo humano. Me parece recordar que hablaba del aparato digestivo, de cómo en el intestino los trocitos de alimento, ya muy pequeños, atraviesan las paredes y salen a la sangre… La verdad es que no estaba prestando mucha atención, porque esa mañana me había sentado en el asiento de mi amiga Jessie, que no había venido, y, como no estoy acostumbrada a sentarme junto a la ventana, me distraía todo el tiempo mirando por el cristal.

Las ventanas de nuestra clase dan a la playa de la Atalaya, que es pequeña y salvaje, con una arena parda

que se parece a la tierra del monte y rocas negras pulidas por las olas sobresaliendo aquí y allá.

Justo encima de una de esas piedras estaba aquella cosa diminuta y brillante de color rojo. No podía dejar de mirarla. ¿Qué era? Desde la altura de la ventana, no la distinguía con claridad. ¿Sería un objeto arrastrado por el mar que las olas habían depositado en la arena? Pero aquel rojo brillaba demasiado, no parecía desgastado por el agua. Podía ser un juguete. A alguien se le habría olvidado...

—Carmen, deja de mirar por la ventana o te cambio de sitio —dijo el profesor—. No estás atendiendo.

—Es que hay una cosa roja en la playa. En una roca —expliqué.

—Es verdad, ¡yo también la he visto! —dijo Erik, que estaba sentado justo detrás de mí.

En el asiento de delante, Uma pegó la nariz al cristal.

—¡Sí, es verdad! —exclamó—. Yo creo que es un estuche de gafas.

—¿Bajo a buscarlo, profe? —propuso Javier—. Si son las gafas de alguien, es mejor recogerlas antes de que se pierdan...

—¿Y por qué vas a bajar tú? —preguntó Hugo—. Yo también quiero bajar.

—No es un estuche de gafas —opinó Moraima, que se había levantado de su pupitre para asomarse a mirar—. Es un joyero.

—¡Un joyero! —repitió Nuria.

Aquella palabra aumentó la agitación del grupo. Para entonces, ya no quedaba casi nadie sentado en su sitio. La mayoría se habían levantado y estaban mirando por uno de los cuatro ventanales de la clase.

—Profe, ¿puedo ir yo a cogerlo? —preguntó Vega.

El profe Jaime suspiró.

—Bueno, vamos a hacer una cosa. Ya sabéis que este año el eje temático del curso es el mar, y una de las actividades que tengo en mi programación consiste en hacer un herbario de algas. No lo tenía previsto para hoy, pero ya que tenéis tanto interés en bajar a la playa... Coged cada uno un par de cartulinas de la mesa de trabajo, y también un pincel. Os explicaré cómo recoger las algas y extenderlas y prensarlas sin que se deformen.

—¿Vamos a bajar ahora mismo? —pregunté.

—Ahora mismo —confirmó Jaime—. Eso sí, no quiero que nadie se moje los pies en las olas. Nadie empuja a nadie ni lo tira a la arena y menos al agua, ni siquiera de broma. ¿Queda claro? Si no os comprometéis, no bajamos.

Todos prometimos cumplir las normas. ¡Estábamos deseando bajar!

—Y nada de correr por las escaleras —añadió el profesor cuando empezaron a salir los primeros—. Juan, que te dejas las cartulinas... Xulia, tú tampoco las has cogido. Bajamos tranquilamente. La cosa roja no la toquéis hasta que llegue yo.

El corazón me latía a toda velocidad mientras descendíamos por las escaleras. Me costó mucho trabajo refrenar los pies para no bajar los peldaños de dos en dos. Nayi bajaba a mi lado, y Uma venía detrás.

—¿Será un joyero? —preguntó Nayi—. Yo quiero abrirlo.

—Todos queremos —le contesté—. Pero ha dicho Jaime que le esperemos.

—No creo que sea un joyero. Será un trozo de botella rota —opinó Uma.

Abajo, el conserje nos preguntó adónde íbamos y todos nos pusimos a dar explicaciones a la vez, con lo cual el pobre hombre no se enteró de nada hasta que llegó Jaime y le habló del herbario de algas. El conserje le prestó la llave de la puerta trasera del patio, que da directamente a los escalones de la playa.

—Cuidado al bajar —nos recordó Jaime—. Mirad bien dónde ponéis los pies.

Los escalones, tallados en la roca, son muy desiguales y algunos resultan bastante resbaladizos, así que era buena idea hacer caso a Jaime. Me concentré en mirar al suelo y asegurar bien cada pisada. Cuando llegué abajo, la mayoría de mis compañeros me habían adelantado y formaban corro alrededor de la cosa roja que había en la roca.

Abrieron paso cuando se acercó el profesor, que venía justo detrás de mí.

—¡Es una caja, profe! —dijo Erik.

—¡Es de madera!

—Dejadme ver —pidió Jaime, tranquilo.

De puntillas, para ver por encima de las cabezas de mis compañeros, miré hacia donde estaba el profesor mientras él, con un gesto solemne y una sonrisa, abría la caja roja. Un resorte hizo que en el centro de la caja apareciese una figurilla con un vestido granate de tela de verdad y largos cabellos pelirrojos de muñeca. Al mismo tiempo, empezó a sonar una música que parecía hecha de cristal y campanillas, muy delicada.

Nos quedamos todos escuchando en silencio, como hechizados. La melodía era preciosa. Cuando llegaba al final, volvía a empezar. La figura giraba y agitaba con elegancia los brazos al compás de la música.

Poco a poco, la melodía se volvió más lenta, y los movimientos de la muñeca vestida de granate también, hasta que la música y la figura se detuvieron por completo.

Se hizo un silencio que solo rompía el rumor de las olas al romper sobre la arena.

—Ponla otra vez, Jaime —pidió Javier.

El profe exploró la superficie de la caja hasta encontrar la cuerda justo debajo. La giró un montón de veces y luego volvió a abrir la caja. ¡Qué bien sonaba!

—¿Quién se la habrá dejado aquí? —se preguntó Vega en un susurro.

—Es muy raro. Nadie lleva a la playa una caja de música —opinó Fran.



—La habrán dejado aquí porque querían que la encontrásemos —aventuró Jorge.

—¡Ya sé! ¡Ya sé quién ha sido! —exclamó de pronto África, muy excitada.

Todos la miramos.

—Ha sido la chica que estaba en la playa esta mañana, a la hora de entrar —explicó, mirando a su amiga Claudia—. Es rubia, como de dieciséis o diecisiete años.

—Es verdad —confirmó Claudia—. Se sienta en las rocas y mira el colegio. No mira el mar, mira el colegio. Es muy raro, da un poco de yuyu. Ayer también estaba.

—Yo también la he visto —dijo Álvaro—. Está todos los días a la hora de entrar, por la mañana.

—¿Y por qué no habéis avisado antes? —preguntó el profe Jaime—. Una extraña a las puertas del colegio todos los días... Eso es algo que el equipo directivo tiene que saber.

—Pero no está a la puerta —repuso África—. Está en la playa. Y no se mete con nadie.

—Da igual, no deja de ser extraño —opinó el profesor—. Si tiene dieciséis o diecisiete años, como decís, a esa hora debería estar en el instituto, y no aquí. Habrá que hacer averiguaciones.

—Profe, ¿y qué vas a hacer con la caja? —preguntó Nayi.

—No lo sé. Creo que es un objeto hecho a medida, bastante valioso. Una pieza de artesanía muy especial. No es algo comercial, desde luego.

—¿Y la muñeca que baila? —preguntó Juan—. A mí me parece una bruja.

—A mí me parece un hada —opinó Vega.

—Yo creo que no es ni lo uno ni lo otro —dijo Jaime—. Por la música y por el aspecto de la figura, yo diría que representa a Florence Welch, la cantante del grupo Florence and the Machine.

—No los conozco —dijimos varios a la vez.

—Es una banda de *rock* de Londres —explicó el profesor—. Su líder, Florence Welch, tiene un aspecto parecido al de la figurilla. Y la música también es de ellos. Es una canción que se titula *Dog Days Are Over.*

—Los días del perro se acabaron —tradujo Jorge—. ¿Y eso qué significa?

—No tengo ni idea —confesó Jaime—. Supongo que se refiere a los días malos.

—Creo que yo lo sé —me atreví a interrumpir.

Todos me miraron.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es, Carmen? —preguntó el profesor.

Tragué saliva. No es que me cueste hablar en público, pero tantas miradas fijas en mí... impresionaba.

—Yo creo que se refiere a la constelación del Perro.

—Ya salió con lo de siempre —dijo Nayi, un poco burlona—. La astrología...

—En esa constelación hay una estrella que es la que más brilla del cielo —continué sin hacerle caso—. Se llama Sirio. Los romanos creían que, como brilla

tanto, daba mucho calor. La constelación del Perro se ve en verano. Por eso para ellos los días del perro eran días de tanto calor, que uno estaba como aplatanado, sin poder hacer nada. Lo leí en un libro.

—O sea, que la canción quiere decir... se acabaron los días de estar aplatanado —resumió Erik.

Se oyeron varias risitas, pero el profesor no se rio.

—Me suena muy bien esa explicación. Buscaré información sobre la canción, a ver si encuentro algo —dijo.

—¿Y qué vas a hacer con la caja, Jaime? —preguntó Claudia.

El profesor se encogió de hombros.

—Bueno, hoy es viernes. Me la llevaré, haré averiguaciones e intentaré encontrar a su dueña, o dueño, para devolvérsela. El lunes os cuento cómo ha terminado todo.

Pero cuando llegó el lunes, resultó que nada había terminado. ¡La aventura no había hecho más que empezar!

La caja de música

En la playa de la Atalaya ha aparecido una caja de música roja. La descubren los alumnos del colegio cercano, que también han visto a una chica misteriosa pasear por la playa. Animados por su profesor, se irán haciendo cargo de la caja: cada uno dispondrá de una semana para descubrir su secreto y contribuir a su propósito. Y mientras tanto la chica, siempre distante y silenciosa, los observa.

Con este libro aprenderás...

Un montón de cosas sobre la importancia de cuidar a los demás y a nosotros mismos.

A partir de 10 años

Ciencias sociales



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

ISBN 978-84-143-3539-0

1589097

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com